

Domingo XV del Tiempo Ordinario (13-07-25)

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

En el camino que hacemos con Jesús en este Año Jubilar, en el cual reflexionamos sobre el Evangelio de Lucas (10,25-37), esta presentación de la preocupación de este maestro de la ley que quiere tener vida eterna, nos remite también a nuestras inquietudes humanas cuando nos preguntamos: ¿cómo puedo ser feliz en la vida?, ¿cómo puedo vivir tranquilo, mejor, alegre?, ¿cómo obtener la felicidad? Y hay un indicio interesante en él porque, a pesar de que quiere poner a prueba al Señor Jesús, habla de “heredar vida eterna”. Considera que la vida eterna, es decir, la vida plena en Dios, la felicidad plena, solamente puede venir como un regalo, como un don. Eso ya es un paso importante en su consideración.

Sin embargo, el maestro está azotado por otras cosas que tiene la ley y que habían sido introducidas posteriormente al tiempo de Moises, por esta especie de tiranía sacerdotal que existió en Israel y que generó una serie de dispersiones respecto a lo central, como nos ocurre hoy día. Inclusive en un país como el nuestro, en donde todos mayormente somos cristianos, en gran mayoría católicos,

por diversos motivos, se nos van pegando una serie de costumbres y también las tentaciones propias del tiempo.

Seguramente que algunas personas pueden ser muy creyentes, pero, en la práctica, estamos detrás de otros intereses que van más allá del bien común. Lo estamos viendo en muchas situaciones, especialmente, en la cuestión dirigencial de nuestro país que, en vez de tener y buscar el bien de todos, que es un buen paso para la vida eterna, muchas veces se busca, simple y llanamente, llenarse de plata con las tareas que se les encomiendan a las personas. Y eso ocurre dentro y fuera de la Iglesia también.

Entonces, el “dios dinero” se los apodera, nos cegamos y creemos que ese dinero va a dar vida eterna. Y justamente el Señor dice en el propio Evangelio de Lucas: “*O Dios o el dinero*”. Pero, hoy día, el Señor nos dice que hay un modo de entrar en la vida plena del Señor si acogemos, en primer lugar, la escucha de su Palabra: “*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu mente, con todas tus fuerzas, con todo tu ser, y a tu prójimo como a ti mismo*”. Este maestro de la ley está preocupado porque no entiende lo del prójimo, ni quién es su prójimo. Y esto también se había introducido en ese tiempo, en época de Jesús, la idea de que el prójimo era el que estaba a mi lado, es decir, el hebreo. De tal manera que se pensaba que solo mi

círculo interno era el que merecía la atención, y así se ganaba la vida eterna. Tengo bien a mi familia, cuido a mis hijos, a mi mundo pequeño, mis amigos y, así, entonces, heredaré vida eterna. Pero, justamente, el Señor Jesús lo trata de orientar hacia el sentido que tiene la escucha de la Palabra de Dios, que no se le puede rendir culto a Él si es que no se piensa en alguien que está más allá de mi círculo inmediato.

Los que pensaban que la vida eterna se obtiene por “mi círculo inmediato”, y pone el ejemplo de un sacerdote y un levita, cuando ven al herido en el camino, simplemente pasan de largo, o dan un rodeo y siguen adelante. Y esto es muy serio porque seguramente que pensaban que ellos habían cumplido muy bien con su familia y, por tanto, no tenían por qué detenerse en favor de nadie, para correr al templo. Y eso nos suele ocurrir a nosotros también.

Como católicos, como cristianos y como país, podemos exagerar la búsqueda de nuestra familia y no ver el bien de todos, y correr también al templo. Evidentemente, no sucede con la mayoría porque en la mayoría hay una actitud de solidaridad muy grande, lo hemos podido ver mucho desde la pandemia hasta ahora, como nuestra Cáritas de Lima ha crecido notablemente por la ayuda de todos ustedes. Pensamos en alguien que está más allá y no solamente pensamos, sino que hacemos en favor de

todos. Hay una búsqueda de un bien entre todos, especialmente, de los que más sufren. Pero es cierto que también algunas familias, una vez que tienen un cierto poder, pues dicen: “yo pienso solamente en nosotros, nos enriquecemos y no importa, vamos por nuestro lado”. Ustedes saben que eso ha pasado también en la Iglesia con determinados grupos y también ha pasado, a veces, individualmente, cuando perdemos el norte de la verdadera evangelización.

Pues el Señor nos pone en una situación nueva, nos está queriendo decir que prójimo no es el cercano, sino prójimo soy yo que me aproximo al lejano. “¿Quién se hizo prójimo de aquel que estaba tirado?” “¿Quién se aproximó?” Y esto es fundamental porque esa es la actitud de Dios, el mismo que nos dice “cumplirás los mandamientos” y “amarás al Señor, tu Dios”, es el mismo Dios que mandó a su Hijo para acercarse y hacerse uno de nosotros. El Señor se encarna y pelea por nosotros, se hace vivo en el servicio. Y esos ejemplos los estamos teniendo en los dos sacerdotes que tenemos aquí presentes, porque ellos, viniendo de fuera, se han acercado, uno, Javier, en Estrella de la Evangelización, en Chorrillos; y el otro, Tomas, aquí, en Barrios Altos, con los muchachos.

Y ven ustedes los frutos, los cantos de los niños, los muchachos que vienen, que se entusiasman, la comunidad

cristiana que surge. ¿Por qué? Porque alguien se acerca, valora, anima y promueve. La vida cristiana es siempre promover al Otro y, especialmente, al pequeño, al que está con más problemas, al que tienen necesidad. Así, entonces, generamos una Iglesia distinta que es signo de lo que debe ser también un país como el nuestro.

Hoy en día eso es urgente, hermanos, porque está primando excesivamente el egoísmo, la arrogancia, el insulto. Lo estamos hablando muchas veces en este tiempo y ahora que estamos en el mes patrio, tenemos que meditar hondamente qué nos está pasando. Nos estamos contagiando de cosas que están pasando en el mundo. Estos días hemos visto cosas horrendas: imposiciones a los migrantes, imposiciones a los países para darles unas alzas de aranceles terribles que, entonces, todo el mundo tiene que rendirse ante el que manda con arrogancia y con desprecio por las poblaciones más pobres del mundo y, especialmente, por todos aquellos que pueden surgir y no pueden porque están empezando a violarse todos los derechos de los migrantes en diversas partes del mundo.

Hermanos y hermanas, hoy es un tiempo para aprovechar de este mes patrio para reencontrarnos en las bases fundamentales de nuestro país, para pensar en que, desde el inicio, la Iglesia estuvo presente llamando a que fuéramos un pueblo solidario, un pueblo que sabe

reconocer el derecho de todos. Esa preciosa declaración que se hizo en el primer congreso de la República, en donde los congresistas de esa época mandaban una carta a todas las comunidades indígenas del Perú, diciéndoles: “este es su congreso, es para ustedes, pueden recurrir a él para que los ayude en cualquier situación difícil”. Qué actitud de cercanía que hubo al inicio, donde estaban varios congresistas que eran en esa época también algunos sacerdotes que podían participar de eso, donde estuvo, por ejemplo, Francisco Javier de Luna Pizarro, que después fue arzobispo de Lima.

Hermanos y hermanas, salir a encontrar al prójimo y hacernos prójimos de los demás, hacernos próximos, cercanos, es la actitud de nuestro Dios por medio de Jesús y es la actitud de todo cristiano. Y Jesús está invitando a este hombre de la ley para que rompa con una concepción egoísta y, más bien, lo suscita a que haga lo que hace finalmente el samaritano. ¿Y quién era el samaritano? Una persona mal vista por los judíos de Jerusalén. Era una especie de judío de “segunda clase”. ¿Por qué razón? Porque los samaritanos que vivían en el norte, en Samaria, habían sido invadidos en el pasado y se habían mezclado con una serie de gente del exterior que habían traído los asirios de diversas partes del mundo, y finalmente terminaron mezclándose, hebreos con otras poblaciones

del mundo. Y como tenían sangre mezclada y no eran “puros”, entonces dijeron: “estos son judíos de segunda clase”.

Por eso hoy día, hermanos y hermanas, también fijemos en tanta gente sencilla, del margen, que da su vida por el Otro, que se preocupa en los demás, tantas personas que en las situaciones tan difíciles que estamos viviendo ahora, con extorsiones y cosas tan graves, hay personas que, desde la base de la sociedad, desde nuestras casas, nuestros vecinos, están preocupándose a ver cómo hacemos para solucionar esto.

Ojalá, también, todos aquellos que tenemos una responsabilidad en el país podamos en este mes patrio proponernos seriamente ponernos a su servicio y no servirnos de ustedes. Que Dios nos bendiga y nos acompañe en este mes patrio y que vayamos con alegría a dar testimonio de la proximidad. Esto lo vamos a hacer un poquito en la visita que haremos el fin de semana, el 19 de julio en la noche, a nuestra hermana Diócesis de Chiclayo, donde vamos a entregar ese documento que trajimos, la carpeta donde hicimos el escrutinio y vamos a dejarla como reliquia del acontecimiento más bonito que hemos vivido en el último tiempo: la elección de nuestro Papa León XIV, que tiene gran preocupación siempre por la gente sencilla.

Que Dios nos bendiga y nos acompañe, y nos haga ser de alguna manera luz en medio de las tinieblas que sufre nuestra sociedad.

Amén.